

en consideración se preocuparon por la enfermedad y el delito como patologías atentatorias en contra del edificio político liberal, la tranquilidad pública y el pacto social. Cabe la duda de si este periodo (que incluye, por ejemplo, el gobierno de los regímenes “de la revolución” en México) puede considerarse como regido por el liberalismo, a no ser que se adopte una definición muy amplia del concepto. Ubicar a estos regímenes como “modernizantes” (un concepto que, desde luego, tiene también sus propias ambigüedades) probablemente sería más adecuado. También nos llevaría a un espacio temporal mucho más amplio, que en el caso de México y de Brasil se remontaría posiblemente a las “reformas borbónicas” y a las “reformas pombalinas” respectivamente, en la década de 1760. En el otro extremo, puede que tenga sentido establecer un punto terminal en la crisis del desarrollismo que recorrió América Latina en los años de 1960.

De hecho, los artículos de esta compilación adoptan periodizaciones muy variadas; Daniela Marino, por ejemplo, en su excelente trabajo sobre la transición jurídica en México hace un convincente argumento respecto de que la preponderancia de los principios jurídicos del derecho colonial concluye solamente en la primera década del siglo xx. El artículo de autoría particular de la editora, Elisa Speckman (“Infancia es destino. Menores delinquentes en la ciudad de México”), encuentra conveniente seguir los años del porfiriato (1884-1910), mientras que Agustina Prieto (“El poder público municipal y la cuestión de la salud de los trabajadores, Rosario, Arg.”) prefiere el periodo de 1887-1927.

Desde luego, esta discusión gira en torno a un objeto metodológico arbitrario

y subjetivo, pero la cuestión de fondo radica en la coherencia misma del tema que da objeto a este libro. Por lo pronto, podría decirse que este libro reúne contribuciones de gran interés sobre un objeto de análisis que aún permanece hasta cierto punto indefinido.

Felipe Castro Gutiérrez  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS-UNAM

Alberto del Castillo Troncoso, *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la ciudad de México, 1880-1920*, COLMEX/Instituto Mora, México, 2006, 290 pp.

#### HISTORIAS DE NIÑOS PARA NO TAN NIÑOS

La imagen de Juan Panadero, de la niña que bien pudo pertenecer al grupo de fotografías con tintes pornográficos que intentaba sacar del país y vender C. B. Waite, los niños soldados de la revolución y la hilera de pequeños que miraron la cámara de Lupercio y de Heliodoro Gutiérrez, son sólo parte de los personajes que merodean la profusa investigación que realizó Alberto del Castillo Troncoso, con grandes afanes y con una gran vocación de historiador.

Me refiero a su vocación porque de otra manera no entendería su deseo de verse inmerso en universos tan difíciles, aparentemente disímbolos pero que, como él lo muestra, son absolutamente complementarios. En su texto, el autor reaviva la historia de la medicina en nuestro país en el siglo xix, aunado al concepto de infancia, entretreído con el discurso social, político, científico e ideológico positivista y el con-

cepto evolucionista de la época; y por si fuera poco, interceptando en cada momento la representación visual de los niños en las fotografías en ese tránsito secular. Las fotografías son el *punctum*, como dijera Roland Barthes, o los puntos nodales de su trabajo, pues al parecer son ellas las que se convierten en la columna vertebral de su análisis histórico social y cultural. Ellas muestran el cambio de siglo y el cambio de conceptos en su construcción y deconstrucción constantes. Por ello, subrayo también su interés en especializarse en las primeras técnicas de representación fotográfica y palpar las diferencias entre daguerrotipo, talbotipo, colodión húmedo y placa seca que introdujo en su análisis con los afanes de quien desea penetrar en las entrañas de todos y cada uno de los temas presentados. Ya la sola mención de ellas, ahora adentrarse también desde la perspectiva iconográfica debió de tener implicaciones muy difíciles de representar. He aquí que su vocación no se vio trastocada, sino —me parece— enriquecida por otras múltiples y diversas disciplinas, pues en su deseo de profundizar, buscó explicaciones desde diferentes perspectivas de este tema de suyo poco trabajado.

El autor logró mostrar el armado del concepto de niñez en sus preceptos modernistas y cómo operaron los cambios al procurar mejorar las condiciones de vida, higiene y salud de ese sector sustancial de nuestro país. También definió el interés del estado porfirista por el concepto, precepto y consolidación de los cuidados prenatales e infantiles, justo cuando los índices de la mortandad infantil eran un signo de atraso, pues era la evidencia clara de que el país no consolidaba su entrada a la modernidad científica. En su texto, el investigador señala los altos índices de

embarazos malogrados o de la elevada mortandad infantil, mostrando rezagos notables en nuestra pujante nación que procuraba estar a la altura de los países europeos de la época. El hecho no resulta tan lejano, pues recuerdo que en mi infancia se decía entre mi familia de origen más bien mexicano —de mi abuela y mi abuelo poco religiosos y quienes peleaban mutuamente su más preclaro origen indígena—, ante la defunción de algún infante cercano a la familia: “los hijos no se lloran: se reponen”... y me parece que esa legislación natural privó durante varias generaciones de mexicanos “al grito de guerra”. Es por ello que esta investigación viene a develar algunas de las más severas oquedades presentes en la historia, porque también ha quedado claro en el decir popular lo que significa “hacer patria”, precepto que tuvo sus fuertes aires en el periodo posrevolucionario, ante la merma de mexicanos en los campos de batalla y en las batallas que también libraron los combatientes contra las múltiples enfermedades que les aquejaban.

Son estos rasgos los que presenta su trabajo, pues gracias al amplio encuadre del que parte Del Castillo, entre la historia de la vida cotidiana y la historia cultural de lo social, extiende su conocimiento a la historia gráfica y hace con ello una complicada urdimbre en donde sus imágenes fungen como la trama de este gran telar, que va cobrando un sesgo muy afortunado en estos estudios del tránsito intrasecular. Y quiero acentuar esto, porque si ya en la tesis doctoral de Julieta Ortiz Gaitán<sup>1</sup> —ahora libro—, observamos cómo, a través

<sup>1</sup> *Imágenes del deseo. Arte y publicidad en la prensa ilustrada mexicana (1894-1939)*, Dirección General de Estudios de Posgrado-UNAM, México, 2003, 440 pp.

de la imagen publicitaria, pervivieron valores, intereses, modos de vida, modelos de conducta y amor patrio surgido desde el periodo porfirista, en este libro el tema se profundiza desde otras perspectivas. Aunque es necesario señalar que el acento de ambos está justo en el universo de las imágenes, pues en ellas perviven muchos de los valores y los cambios y matices históricos que se ven más acentuados, más claros, definidos que en otras fuentes de información. Así, aquello que se nos ha señalado como cambio abrupto y definitivo de un periodo a otro, en el ámbito visual de estas investigaciones se corrobora cómo hubo muchos hitos que pervivieron con el tiempo, dejando una huella indeleble en la cultura y en las formas de vida de los mexicanos. Con ello queda claro que los cambios no fueron tan profundos ni tajantes, ni todos se gestaron en la pos-revolución.

Debido a lo anterior, una de las claras aportaciones de este trabajo consiste en observar la continuidad de preceptos que no fueron exclusivos solamente del porfirato, sino que eran propios de un Estado modernizador: la salud, la higiene y la escolarización, entre otros. De esta manera, el encuadre desde la perspectiva médica que propone el autor es tan acertada para la comprensión de un fenómeno importante como la creación de un ámbito común desde la perspectiva de la salud y el bienestar social. Aunado a ello, está el análisis realizado arriba sobre el conocimiento de las diversas entidades que se crearon como la escuela, la higiene escolar, el monitoreo docente y familiar para dar seguimiento al precepto de salud que surgió en el porfirato y tuvo continuidad en la pos-revolución. Los actores fueron los que cambiaron, y si bien sabemos quiénes te-

nían los mejores cuidados al declinar el siglo XIX, también reconocemos en las imágenes de los años veinte a los niños indígenas y mestizos con un aire de inclusión que antes no tenían. Las fotografías que nos presenta el autor, los modelos de representación en los periódicos y revistas médicas eran siempre niños “bien”, para dar cuenta de la salud; en cambio, para hablar del gabinete antropométrico, para mostrar las deformidades, las carencias, los dementes, ahí donde estaban las patologías médicas y sociales, aparecían en el escenario los tipos indígenas. Al develar con tan fina tesitura el tejido social y sus implicaciones ideológicas, también nos está mostrando el investigador cómo desde su perspectiva, la “objetividad”, la fotografía no ha existido, pues desde la elección de los modelos, el tipo de encuadre, las formas de representación y las publicaciones evidencian las posturas ideológicas de sus creadores. Con ello, el autor expone cómo ese instrumento que los contemporáneos creyeron de suyo testimonio fiel e imparcial de la realidad, estuvo sujeto al desigmo del que disparó o del que encargó el disparo de la cámara fotográfica.

Del Castillo muestra en este trabajo otro de los cambios sustantivos en lo que se refiere a la prensa decimonónica, que es la aparición del *reporter*, y con él la nota más ligera, fácil y del momento, quien en su época era criticado por suplir al cronista, pero tan apreciado en la actualidad. Con ello, el autor también nos ubica en el surgimiento claro de la transición de poderes y cómo el legado del historiador, del narrador y del cronista de la historia va siendo sustituido en sus labores por el *reporter* y el *reporter* gráfico. Eso ubica geográficamente pero también históricamente, el papel que desempeñamos a lo largo del

siglo pasado y cómo se fue modificando en su valía social y profesional.

Por su parte, también es muy sintomática la manera en que refleja cómo van apareciendo en la prensa los sectores sociales menos favorecidos al declinar el siglo XIX: en la nota roja, en los trabajos forzados o la alta explotación infantil, o como objetos decorativos de las fotografías de extranjeros en la ciudad de México, que procuraban sus rostros o sus cuerpos para mostrarnos bajo esa mirada del país exótico, atrasado, cautivador o sensual sin importar la edad de sus criaturas. (De eso que seguimos padeciendo en propios y ajenos, no olvidemos la cuenta pendiente que hay por ahí actualmente en el sureste mexicano).<sup>2</sup>

Destaca de este rubro y esta transición iconográfica la aparición de los pequeños en la prensa y en las fotos publicadas en el trabajo infantil. Conforme lo muestra el investigador, suena atroz el hecho de que tuviesen que legislar el trabajo de los niños a partir de los siete años de edad en la *Ley de enseñanza primaria del Distrito Federal* (1891) y que el Laudo de 1907 prohibiera el trabajo infantil a los menores de siete años. Suena más altisonante que en la Constitución que nos rigue actualmente se legislara que la jornada máxima para los niños entre los doce y los 16 años de edad fuese de seis horas. Si bien en el campo es común que ayuden a sus padres desde los primeros años de vida, en la ciudad y dentro de una fábrica y con un contrato mal pagado, es absolutamente desorientador saber que esos pequeños laboraban desde los primeros años de su vida y de ahí “pal real”, dijieran ellos, pero bajo el ojo de la

legislación. Pero lo importante es que son este tipo de datos duros y vinculaciones con la historia, de legislación y de vida cotidiana, como va elaborando su texto el autor en estos reveladores apartados, en donde se puede detectar la inclusión de esos conceptos de la modernidad al concebir la pérdida de la inocencia y de la infancia en esos niños trabajadores.

Con el desarrollo se va mostrando, como en un rollo de película, la aparición cada vez mayor de imágenes en la prensa de esos desposeídos del régimen. Del Castillo detectó en su revisión hemerográfica que, “para fines del porfiriato, los grupos obreros tenían notable presencia en el imaginario visual de la prensa, debido a los cada vez más frecuentes reportajes fotográficos” (p. 218), y no es casual su continua aparición, pues cada vez era más difícil esconder o disimular esa evidente realidad. Por ello, el fotoperiodismo es tan revelador como fuente de primera mano aunado a la hemerografía que se convierte en una rica veta de información. Analizar las imágenes de representación, pues podemos verlos, como lo anuncia el autor, a través de la “estética del maguey”, o con la “cortina del nopal” (como lo detona Carlos Córdova),<sup>3</sup> ése que se convirtió en el imaginario clásico de la identidad mexicana.

Es notorio que la investigación penetra por varios senderos y que al tocarlos desde las perspectivas de las imágenes, va mostrando otra faz que la que hemos conocido a través de otros estudios. Me he dedicado en los últimos catorce años a analizar los estudios históricos desde la perspectiva de la imagen, y con este trabajo puedo decir

<sup>2</sup> Para mayor referencia está el libro de Lydia Cacho, *Los demonios del Edén: el poder detrás de la pornografía*, Grijalbo, México, 2006.

<sup>3</sup> Carlos Córdova, *Agustín Jiménez y la vanguardia artística mexicana*, RM, México, 2005.

que se cumplen muchas de las expectativas del esfuerzo realizado. Se condensan en el libro los *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez*, justo cuando esas representaciones muestran el sendero del siglo XIX al siglo XX, cuando los niños dejan de ser esos "adultos chiquitos" y empiezan a llenar las páginas de los diarios, revistas y publicaciones de los años veinte con otros papeles, rostros y actitudes, perdiendo su carácter folklorizado, adquiriendo su vieja y escondida identidad convocada desde su indigenismo y su mesticidad. Donde fueron ellos, los de "medio pelo", los personajes que entonces poblaron las portadas, los carteles y las imágenes porque eran los actores sociales que entraron a escena, no como relleno, sino como agentes principales. Si para principios del siglo XX se modificaron las sustancias y también las maneras de poblarlas, el resto del camino lo conocemos. Son esos primeros momentos de rupturas y continuidades en los conceptos, de la primacía de las fotografías en la prensa capitalina, los que se convirtieron en un vehículo de poder no científico pero sí aliado en la difusión de ideas. En esos años las fotografías consolidaron su carácter documental y testimonial ideologizado, así nos lo hace saber a cada momento el investigador al documentar el tránsito de la crónica al reportaje, del narrador al *reporter*, de sus muestras fehacientes de cómo sucumbió el grabador y el litógrafo frente al fotógrafo.

Al final de esta historia asistimos a la revisión de cómo esos niños pasaron también a ser adultos ante el embate de las balas y se convirtieron en hombres y mujeres que dejaron sus rostros, sus cuerpos y sus postulados para las siguientes generaciones posrevolucionarias. Este libro nos presenta el ensamble que tiene como colo-

fón a los niños que se convirtieron en adultos ante su contradictoria realidad; niños papeleros dando una gran pelea de vida, niños soldados en el frente de guerra sonando la trompeta, cargando el ¡30-30!, niños revolucionarios a los ocho años de edad, jóvenes padres que alimentaron las conciencias de aquellos que se crearon en la posrevolución. Esos niños que no fueron cuidados por el sistema y que respondieron como adultos heridos.

Cada observación que entreteje el autor en este profuso, agudo y documentado estudio, que va obviamente más allá de la niñez, aporta muchas respuestas y genera otras preguntas por responder, desde la historia cultural de lo social en un ejemplo revelador de la historia de la vida cotidiana, con la riqueza del que le gusta contar historias paralelas, del que se deleita formando muchos mundos en reconstrucción.

Rebeca Monroy Nasr  
DEH-INAH

Octavio Martín González Santana, *Construyendo el desarrollo local. La organización del espacio agrícola en Rincón Grande, Michoacán (1930-2000)*, COLMICH/ Universidad de Guadalajara, México, 2005, 400 pp.

*Construyendo el desarrollo local...* es un libro que retoma el debate del desarrollo en las zonas rurales del país y utiliza como eje la conducción del proceso de modernización agrícola por los grupos locales. Partiendo de un enfoque territorial, el autor da cuenta de los aspectos que conjugan y materializan las concepciones locales de desarrollo.